

### 3) “Honrar a todos los hombres”

El hombre es la criatura que se debe honrar: “Honrar a todos los hombres” (RB 4,8) es uno de los instrumentos de las buenas obras que san Benito retoma de la primera carta de san Pedro (1 Pe 2,17). Y este honrar universal, que no admite excepciones, debe redundar en el monasterio, en la acogida de los huéspedes, sobre todo de los pobres y de los peregrinos (cfr. RB 53,2 y 15), y en las relaciones recíprocas dentro de la comunidad. En este sentido, es bastante rico el capítulo 63 sobre “el orden de la comunidad”. Benito describe aquí una serie de muestras de honor que nos concedemos mutuamente. El abad debe hacerse digno del honor que se le demuestra “en honor y por amor a Cristo”, porque hace sus veces (63,13-14). “Los más jóvenes honren a los más ancianos” (63,10). Pero todos, según una prescripción de Pablo, deben “anticiparse mutuamente en honrarse los unos a los otros” (63,17; Rm 12,10). Expresión que san Benito retoma en el capítulo 72: “se anticiparán mutuamente en las señales de honor” (72,4).

¿Dónde se origina este movimiento o esta corriente de estima, de honor, de consideración, que los monjes deben dejar circular entre ellos y transmitir a los que vienen de fuera y también a todos los hombres? Surge y se alimenta del honor de Dios, del honor debido a Dios que, a través de su caridad, a través de su misericordia, se refleja en todas sus criaturas, sobre todo en el hombre, creado a su imagen y semejanza. En efecto, san Benito nos pide ante todo honrar a la Santa Trinidad, levantándonos para el *Gloria Patri* (RB 9,7), o para la proclamación del Evangelio que representa a Cristo, el Verbo de Dios en medio de nosotros (cfr. 11,9).

Este honor dirigido a Dios, Benito nos enseña, por decirlo de algún modo, a dirigirlo a los hombres. Él pide, por ejemplo, servir a los enfermos “en honor a Dios” (36,4). Y en cualquier parte que pide cumplir un servicio o ejercer una responsabilidad con el temor de Dios, o allí donde nos pide reconocer y adorar a Cristo en el prójimo, hasta los más pequeños, lo que se realiza es siempre: una especie de difusión hacia los hombres del honor debido a Dios. No en el sentido de la idolatría en la que el honor atribuido a las criaturas se quita a Dios, sino en el sentido de que Dios mismo quiere y ama compartir con la miseria de los hombres su dignidad infinita, su gloria.

Esto hace que este honor, esta dignidad universal e inalienable del hombre, no se deba simplemente al hombre, al hombre en cuanto tal, sino al hombre en cuanto criatura amada y elegida por Dios para compartir su gloria. La dignidad de todo hombre está toda en su relación con el Señor que lo hace partícipe de su gloria, de su vida divina, de su libertad, de su capacidad de amar. Y el hombre pecador no pierde el derecho de ser honrado, porque no pierde el amor que Dios, en su misericordia, le reserva.

Dado que el honor del hombre le viene de Dios, que es un don gratuito de Dios, el ser humano puede y debe ser siempre considerado con una mirada positiva. Cuanto más acoge un hombre esta gracia, su dignidad será más visible y evidente, como en los santos. Pero también, cuando un hombre rechaza esta gracia, su dignidad permanece, a pesar de que solo sea un poco o nada evidente en él; siempre permanece en la relación de Dios con él, en la mirada y en el proyecto de Dios sobre Él.

Por esto, ningún hombre debe ser jamás despreciado o condenado. Despreciar a un hombre no significa solo faltar a la caridad, sino ante todo faltar a la fe en Dios, y también a la esperanza de lo que la gracia de Dios podrá siempre llevar a cabo.

El primer grado de honra que san Benito pide darnos los unos a los otros es la conciencia de que somos iguales en dignidad, o, mejor aún, que lo que decide nuestro valor y nuestra dignidad no es lo que viene de los hombres, sino lo que viene de Dios.

Es lo que Benito recuerda al abad en un pasaje del capítulo 2 de la Regla, que es un pequeño tratado de antropología teológica cristiana: “porque «tanto esclavos como libres, todos somos en Cristo una sola cosa» y bajo un mismo Señor todos cumplimos un mismo servicio, «pues Dios no tiene favoritismos» [Rm 2,11; Ef 6,9]. Lo único que ante él nos diferencia es que nos encuentre mejores que los demás en buenas obras y en humildad. Tenga, por tanto, igual caridad para con todos y a todos aplique la misma norma según los méritos de cada cual. (2,20-22).

Es Dios el que colma nuestra miseria de criaturas y de pecadores llenándola del honor que a Él se debe. Cuando se mira esto en el hombre, más que lo que falta en él, la unidad se hace posible, porque nuestra miseria en sí misma nos divide, pero nuestra miseria colmada por la gracia de Dios nos une en la acción de gracias. El amor de Dios hace que el hombre comparta un espacio de gloria y de honor que colma todos los abismos de su miseria humana. El amor de Dios da dignidad, eleva a cada hombre, lo hace ser hijo, hermano, amigo. Por lo tanto, esta conciencia y esta experiencia es la que la comunidad benedictina está llamada a vivir y a transmitir al mundo, a esta humanidad cuya dignidad no depende ya de sí misma, del beneplácito de los poderes dominantes, o de la Carta de los derechos del hombre.

Entonces, comprendemos en qué sentido la diferencia entre los hombres no se debe al nivel del honor, de la dignidad, que son tributadas a Dios, sino de la humildad, del espacio que cada hombre abre a esta gracia. Parece contradictorio que san Benito pida honrar a todos los hombres, anticiparse mutuamente en las muestras de honor, y al mismo tiempo cultivar hasta el fondo la humildad, la conciencia de ser “el más miserable de todos”, “un gusano, no un hombre” (7,51-52), la conciencia de no ser digno de levantar los ojos al cielo (cfr. 7,65).

Esta contradicción, que es una paradoja evangélica, proviene precisamente del misterio del hombre, del que he hablado al principio. Proviene del hecho de que la dignidad del hombre está toda en la misericordia de Dios que colma el espacio amado de su miseria. “No desesperar jamás de la Misericordia de Dios” (4,74) por lo tanto, significa no olvidar jamás la inmensa dignidad de cada ser humano. Es necesario esperar siempre en la Misericordia de Dios para no despreciar jamás ni a uno mismo ni a los demás.

Para comprender un poco el misterio del hombre, en cuanto y especialmente en la Regla, es siempre útil y necesario hacer referencia a la Sagrada Escritura, como hace san Benito, especialmente al relato de la reacción del hombre en el libro del Génesis.